

que pueden provenir de otras causas, pero si las muestras se repiten, no hay duda en que fijan el caracter. Bajo este aspecto es sumamente digno de atencion el dia 1.º de agosto para quien solo trata de reunir bajo un punto de vista las virtudes y grandezas del pueblo de Madrid que despues del 2 de mayo sufrió por tres meses todas las vejaciones imaginables de parte de un gobierno feroz, inquieto, anti-político y escarmentado.

El dirigió todas sus miras á poner á sus vecinos en completa incomunicacion con las demas provincias del reino, para que no pudiesen alentar esperanzas con las noticias de la fermentacion general que habia producido la explosion anterior, pero á pesar de su vigilancia, de sus terribles leyes penales, y de sus comisiones militares, se sabia en Madrid todo cuanto pasaba en el reino, y se condenaba al desprecio todo cuanto se trazaba en Bayona, renovándose cada dia alguna escena sangrienta que no dejaba de producir su efecto en el espíritu de unas gentes convencidas ya de que sus fuerzas eran pocas para imponer á tan generoso vecindario, en cuyas inalterables resoluciones no habia producido la menor impresion ni la entrada del usurpador ni su proclamacion grotesca.

En tal estado crítico se hallaban las cosas

cuando llegó á Madrid la noticia de la batalla de Baylen, primera en que habia visto Napoleón rendirse á las fuerzas contrarias un ejército entero desde el general hasta el último equipage, y ya no hubo reflexion, arbitrio, ni esperanza alguna que bastase á contener el terror de los franceses en cuyos precipitados movimientos se vieron las señales mas claras de que les faltaba tiempo para llegar en salvo á la falda del Pirineo. El dia último de su residencia en Madrid corrieron algunas especies ominosas relativas á saqueo, y al designio de hacer fuego sobre la capital con las baterías del Buen Retiro, pero los habitantes no tomaron otra precaucion que la de permanecer en vela el dia y la noche, y con este motivo tuvieron ocasion de ver marchar á los franceses en la obscuridad con todo el encogimiento, el silencio y la prevención de unos verdaderos fugitivos, como si hubiese extramuros acampado un ejército español á cuya vigilancia tratasen de ocultar la fuga. No le habia ciertamente, pero ellos recelaban que el vencedor de Baylen se aprovechase de la victoria caminando á marchas forzadas para salirles al encuentro en la larga distancia de cien leguas de camino, y pues que sus recelos no eran del todo infundados, dejémoslos seguir su fuga macilenta, y hagámonos honor á nosotros mis-

mos porque en el dia 1.º de agosto acertamos á desmentir por tercera vez las máximas que se tienen por imposibles en el estado de guerra y de revolucion.

Es tan triste la pintura de lo que se temia en aquel dia, como agradable y placentera la de lo que sucedió. La ausencia de unos enemigos, los mas inmorales y los mas opresores, debia producir demostraciones generales de júbilo, pero el desgobierno absoluto en que quedaba un pueblo numeroso, los justos resentimientos que habian resultado de la debilidad de no pocos pusilánimes, y de la iniquidad de pocos malvados, y la inmoralidad de los que en semejantes ocasiones se aprovechan de la situacion, ó para saciar venganzas, ó para mejorar de fortuna, todo estaba anunciando horror y desolacion en vez de alegría y consuelo, y el temor era tan justo, que no se puede condenar la opinion de aquellos que hubieran deseado, á ser posible, que el ejército frances hubiera permanecido en Madrid hasta la aproximacion de alguna division española que pudiese entrar inmediatamente á conservar el orden por la fuerza: gracias sean dadas nuevamente al cielo porque no hizo falta.

Los vecinos que habian velado por precaucion salieron á la calle con el dia, y ani-

mados todos de unos mismos sentimientos, como ya lo habían estado en los grandes dias anteriores, se abrazaron sin conocerse, y corrieron á los templos á rendir al Ser supremo el primer tributo y homenaje de su gratitud, dirigiéndose despues todos á tropel al Retiro, sin el menor recelo de que el enemigo pudiese haber preparado en aquel sitio desgracias que le vengasen despues de su ausencia. La autoridad, aunque debil, emprendió de nuevo su marcha, y nadie pensó mas que en desahogar su dolor y sus sentimientos ó escribiendo contra los enemigos, ó habilitándose para recibirlos si volvian de nuevo á la empresa.

No faltan entre nosotros mismos gentes, que sin conocer el mérito de la serenidad, el orden y la alegría que manifestó Madrid en este dia, critican la jactancia de sus habitantes, y la atribuyen los males que sobrevinieron despues, suponiendo que se perdió en desahogos insignificantes el tiempo que debió aprovecharse en preparativos útiles. Leyeron tal vez estos censores atrabiliarios los papeles sin número que se imprimieron en Madrid en los cuatro meses de nuestra precaria libertad, y no vieron lo que se hizo desde el momento en que salieron de él los franceses hasta el en que amanecieron al frente de sus puertas. Ya en el mismo dia 1.º de agosto se

empezaron á ver en las calles, en los paseos, y en los patios de los conventos, cuadrillas de jóvenes que reunidos sin distincion de clases ni de trages se adiestraban en el ejercicio militar al mando de cualquier soldado, y á continuacion se verificó la proclamacion solemne del Rey, la declaracion formal de guerra á Napoleon, las invitaciones á contribuir para los ejércitos, y la formacion de los dos regimientos de Voluntarios de Madrid, y esta serie de actos forma la mas completa demostracion de que se previó el riesgo, de que se ratificó el voto general de hacerle frente, y de que las delicias irresistibles del momento no entibiaron el ardor marcial, ni influyeron en las desgracias sucesivas.

Si fuera posible presentar aquí en dos cuadros á la comparacion las proclamaciones del usurpador José y del rey Fernando en los fines de julio y agosto, sumar las cantidades á que ascendieron los donativos voluntarios de Madrid para los ejércitos que se empezaron á alistar en todo el reino, referir las demostraciones con que fue recibido el ejército vencedor de Baylen, y representar al vivo las tier-nas escenas que pasaron entre padres é hijos, maridos y mugeres, y amos y criados, para formar los dos regimientos de Voluntarios, enmudecerian por cierto de una vez nuestros

detractores, confesando que no fue la Capital del reino la que pudo retardar un solo instante los movimientos que exigian las circunstancias del tiempo, pero estos materiales ya cen dispersos hasta que un historiador diligente protegido por la autoridad los dé á la luz pública, y examine con acierto las causas que pudieron influir en la demora á que se atribuyen las grandes desgracias que despues sufrimos, si es que pudo haber en la realidad algunas otras que las naturales que presenta espontáneamente el desorden del tiempo, y el abatimiento general de la nacion en todos los ramos, que bastan en mi concepto para que nos quejemos con razon de los que estableciendo como dogma nuestra apatía y nuestro orgullo, nos tachan de indolentes en la ocasion en que fuimos mas enérgicos y activos.

Fue menester atender á un mismo tiempo á establecer un gobierno central, á crear ejércitos, á proveerlos de vestidos, armas y municiones, á contener los males que amenazaba la anarquía, á detener el torrente de las venganzas, en una palabra, á convertir la nacion de muerta en electrizada; y pues que todo esto se hizo y se consiguió en el espacio de quatro meses, de modo que cuando volvieron los enemigos nos hallaron ya en aptitud suficiente para inquietarlos por todas partes, sin

que bastásem sus mayores esfuerzos á impedir su vergonzosa expulsion y ruina en el corto espacio de seis años, y gloriémosnos, amados conciudadanos, de haber sido capaces de hacer lo que hemos hecho, atribuyamos con verdad al respeto lo que los críticos mordaces atribuyen á la indolencia, y hagamos ostentacion de las virtudes que nos dieron el triunfo de un enemigo exterior, el más terrible, en unos dias en que es preciso ejercitarlas de nuevo contra los interiores de nuestra paz para consolidar en nuestro provecho la grande obra comenzada, y que nos ha adquirido ya la admiracion de todas las naciones, y arrancando para siempre la pluma de las manos de los enemigos de nuestras glorias.

Tales fueron dos grandes resultados del orden que observó la capital el primer dia en que se vió libre de sus enemigos, y por ellos le he creido digno de contarle entre los nuestros grandes. ¿Qué se hubiera dicho de nosotros si al renovarse la tempestad con mayor fuerza no hubiéramos puesto á la prueba, sin mendigar pretextos para excusarlo, los sinceros y sublimes votos que en este hermoso dia hicimos en el altar de la patria, mas salieron del corazón y los cumplimos.

Dia 1.º de diciembre de 1808.

Pintada estaba ya en el mes de setiembre y bien al vivo la inquietud en todos los semblantes, y no habia papel en que no se repitiera la urgente necesidad de agolpar á la frontera de Francia todas las fuerzas de la nacion en cualquier estado que se halláran, pero habia que superar, para conseguirlo, dificultades inmensas, y que vencer oposiciones y tal vez intrigas que desconocen por lo comun el candor y la franqueza. Por unas ó por otras (que no es del caso el depurar recelos desagradables cuando se aspira á retratar virtudes) tuvo el vigilante enemigo mas tiempo del necesario para reforzar su abatido ejército, y llegó puesto á su frente hasta las puertas de Madrid venciendo con poca dificultad y menos gloria las pequeñas oposiciones que encontró en las Provincias, en Burgos y en Somosierra.

En los tres dias anteriores á su llegada el vecindario abrió profundas zanjás, levantó parapetos, y colocó baterías en todas las puertas y en los puntos mas elevados de algunas

de las calles principales con una celeridad y júbilo imponderables: ¿pero cuál era su verdadera situación en aquellos momentos en que el amor de la patria no le dejaba reflexionar sobre ella por entregarse del todo á defenderla? La primera noticia que tuvo de su peligro se la dieron al amanecer los soldados de la division de Somosierra perseguidos muy de cerca por los franceses, y la sorpresa debió ser tanto mayor, cuanto que en la noche anterior habia publicado el gobierno la noticia de que habian sido vencidos y rechazados en Sepúlveda, de modo que ya relucian los sables y corazas enemigas al rededor de las débiles murallas de Madrid cuando los habitantes saliendo precipitadamente de sus lechos, se hallaron con el enemigo al frente, y sin saber lo que habian de hacer, porque en sustancia nadie se lo habia prevenido.

Se divulgó muy en breve que el ejército frances era formidable, que le mandaba el mismo Napoleon, y que queria vengar injurias para él imperdonables; pero ni el recelo de un peligro tan cierto, ni la falta de direccion y de orden bastaron á impedir que los vecinos corriesen á las puertas y á las troneras que habian abierto en todas las murallas, ó por mejor decir, en todas las tapias, con

ánimo resuelto de vender caras sus vidas, y de acreditar á Napoleon en el primer ensayo la verdad de la máxima con que él mismo en otro tiempo habia reprendido la inaccion de otra nacion.

Si Napoleon hubiera tenido mas interes en destruir que en dominar, facil le hubiera sido reducir en breve á cenizas, sin el menor riesgo suyo, una poblacion indefensa y sin mas baluarte que los pechos de sus moradores, pero como conocia la importancia de la nacion en el mapa de la Europa y el caracter de los españoles bien gobernados, quiso sin duda hacer como guerrero alarde de apreciar el valor de su enemigo, ó desengañarse por sus propios ojos de lo que otros le habian dicho y él no habia visto: á las nueve de la mañana se cruzaban ya los fuegos de Madrid y del ejército frances por toda la circunferencia, y parecia la villa una de aquellas plazas fuertes acostumbradas á sufrir asedios y asaltos, y gobernadas por caudillos intrépidos bien preparados para apoyar en las fuerzas los arranques del valor.

Mas era tan al contrario como que la corta guarnicion que á la sazón habia en ella previendo el desgraciado éxito de un empeño tan desigual se abrió paso por entre los sitiadores para ser útil en otros puntos, aban-

donando con dolor á un pueblo generoso, cuyo exterminio miró ya al partir como infalible. Como tal le miraban tambien los que habian de sufrirle, mas sin embargo sostuvieron por casi tres dias la lucha infernal viéndose dia y noche las puertas y las murallas cubiertas de combatientes, y las mugeres de todas clases aprestándoles víveres, municiones y bendajes que conducian de sus propias casas sin preguntar siquiera si en algun punto habia ó no almacenados víveres ó provisiones, porque lo encontraban todo en el generoso sacrificio que de antemano tenian hecho de morir por la mas justa causa.

Ya casi la fatiga y el cansancio les hacia desear á tan ilustres defensores que se acelerase el momento de una muerte que miraban como inevitable, cuando Napoleon en vez de servirse de las bombas, ó de cortar los conductos de las aguas, ó de abrir brecha al primer tiro de cañon en cualquier ángulo, tomó el partido de enviar un parlamentario amenazando con los mayores rigores si no se le pedia capitulacion que estaba dispuesto á conceder en obsequio del valor que habian desplegado los habitantes. Él la queria al momento, pero los que gobernaban en aquella crisis, le pidieron treguas hasta la siguiente mañana para tranquilizar al pueblo que



solo respiraba venganza y muerte; y aquel rayo de la guerra, cuya aparicion en otras regiones habia bastado para dominarlas, accedió á la pedida tregua, y aprobó casi todas las condiciones que en la siguiente mañana le fueron propuestas, que eran las de una plaza que despues de haber llenado todos los deberes de la defensa, capitula por la humanidad sin ofensa del honor de las armas. Así entraron sus tropas segunda vez en Madrid contra la voluntad del pueblo, que con otra direccion menos confusa hubiera preferido todavía la muerte á la capitulacion.

El que recuerde los primeros decretos que hizo fijar Napoleon en las esquinas en el acto mismo en que con su acostumbrada inmortalidad empezó á violar la capitulacion, las diligencias largas y exquisitas que hizo practicar en los conventos y otros parages retirados para ver si encontraba en ellos soldados ocultos, y sobre todo que no se dejó ver ni conocer de ningun habitante de Madrid, habrá de convenir por fuerza al recorrer en su memoria sus entradas francas y triunfales en otras muchas capitales de Europa, que Madrid logró infundirle una especie de respeto que nadie hasta entonces le habia conocido. Sus súbditos y sus apasionados le quisieron desmentir, disfrazándole con el nom-

bre de precaucion prudente para evitar una desgracia personal que no debió temer en otro pais alguno, y que debia recelar de un pueblo insolente, grosero y vengativo; pero sin apartarnos de la idea de que si se hubiera presentado en público, pudiera tal vez haber pasado repentinamente desde el carro triunfal al sepulcro, es hora de vindicar por todos estilos la reputacion de un pueblo inimitable, desvaneciendo imputaciones, que aunque no le acriminarian mucho en la sucesion de los tiempos, podrian rebajar algun tanto su mérito.

¿No pudo entrar en aire de vencedor rodeado de su ejército, y tomando de antemano todas las medidas necesarias para evitar hasta los mas remotos celos en una poblacion sojuzgada por la fuerza irresistible de la superioridad de sus armas? ¿No entró así recibiendo aplausos y sumisiones forzadas en Viena, en Berlin, en Varsovia y en otras muchas plazas de Europa, erizadas de cañones, y empedradas de defensores militares? ¿Pues por qué no hizo lo mismo en Madrid donde mas que en ninguna otra parte le interesaba infundir terror desahogando al mismo tiempo su rabia, y saciando su venganza? Porque tenia ya sobrada experiencia del caracter de sus habitantes, porque sabia que sus votos eran todos uniformes, porque temia encon-

trár en cada brazo un vengador de las injurias generales, y porque no ignoraba al fin que su conducta y su ejemplo estimulaban á los demas á mirar los pactos y las convenciones como arbitrios momentáneos para salir de un apuro: Madrid lo habia visto bien á su costa en la noche del 2 de mayo, y Napoleon no era el hombre que podia desconocer que la conducta de Murat autorizaba para todo. Si sus remordimientos le hicieron cauto, alégrese en buen hora sus partidarios de que exista todavía en estos momentos, pero cesen de llamar asesinos á los que á riesgo cierto de una muerte segura y cruel estaban tal vez preparados para librar con un solo golpe á la Europa de su tirano enterrándose con todos sus hermanos en las cenizas de sus propios hogares.

No le hacen tampoco menos interesante á este día sus consecuencias, porque aunque no podian preverse al emprender la defensa de una poblacion sin murallas, sin soldados y sin otras prevenciones, ellas al fin fueron grandes, y nos dieron el consuelo de haber peleado no solo con valor, sino tambien con fruto. En los tres dias que Napoleon se detuvo, ganó distancias el ejército auxiliar ingles, se reunieron á sus banderas los soldados dispersos por las acciones de la frontera, y los de